



AVISO LEGAL

Capítulo de libro: Fotografía, Revolución y Cuba

Autor del capítulo: Quiroz Lozano, Sarahy

Título del libro: *El sujeto nuestroamericano ante un mundo de complejidad e incertidumbre*

Autores del libro: Magallón Anaya, Mario; Mateos Castro, José Antonio; Simone Maimone, Miguel Arcángel de; Orozco Reséndiz, Ana Claudia; Silva Razo, Grisel; Vega Salinas, Beatriz Jacqueline; Luna Mora, Rodolfo Daniel; Caldiño Cedillo, Karina; Vargas Hernández, José Leonel; Lima Rocha, Orlando; Hernández Villarreal, Ana Bertha; Salazar Aguilar, Gloria María de Lourdes de; Quiroz Lozano, Sarahy; Luna Espinoza, Tzuara Aidé de; Hernández Jandeth, Joselim; Díaz Somera, Miriam; Guerrero Sotelo, Roxana Nayeli; Magallón Argüelles, Mario; Palacios Contreras, Isaías.

Colaboradores del libro: Magallón Anaya, Mario; Palacios Contreras, Isaías (editores).

ISBN del libro: 978-607-30-9152-7

DOI del libro: <https://doi.org/10.22201/cialc.9786073091527p.2024>

Trabajo realizado con el apoyo del Programa UNAM-PAPIIT-IN400220

Forma sugerida de citar: Quiroz, S. (2024). Fotografía, Revolución y Cuba. En M. Magallón e I. Palacios (coords.). *El sujeto nuestroamericano ante un mundo de complejidad e incertidumbre* (289-303). Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe. <https://rilzea.cialc.unam.mx/jspui/>

D.R. © 2024 Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510
Ciudad de México, México.

© Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510
Ciudad de México, México.
<https://cialc.unam.mx>
Correo electrónico: cialc-sibiunam@dgbi.unam.mx

Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este contenido en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0 Internacional).
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>



Usted es libre de:

- Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- Adaptar: remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios. Pueden hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- Compartir igual: si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

FOTOGRAFÍA, REVOLUCIÓN Y CUBA

Sarahy Quiroz Lozano

La fotografía es el único lenguaje que puede ser entendido y comprendido en todo el mundo.

BRUNO BARBEY

Varios acontecimientos sucedidos en América Latina han tenido gran impacto en los ámbitos cultural, económico y social, especialmente en la segunda mitad del siglo XX. Un claro ejemplo de esto lo tenemos en la Revolución cubana de 1959 porque fue un parteaguas y un símbolo en la historia visual fotográfica latinoamericana, además es de reconocerse el papel que desempeñó México en cuanto a los revolucionarios cubanos, lo que marcó una pauta en la ideología nacionalista de ambos países.

El contexto cubano de aquella época se puede ver reflejado en la fotografía de Rodrigo Moya,¹ quien decidió actuar y captar

¹ Las fotografías que se describen pueden ser consultadas en el Archivo Fotográfico Rodrigo Moya y en los archivos de *La Jornada*.

instantes de insurrección por su propia cuenta, ya que los medios de comunicación eran (y siguen siendo) influidos e incluso controlados por el Estado.

Rodrigo Moya es considerado como uno de los más importantes fotoperiodistas y fotodocumentalistas mexicanos de los años cincuenta y sesenta. Trabajó en procesos de tendencia socialista y en la lucha antiimperialista, además de que formaba parte del Partido Comunista Mexicano (PCM), es decir, fue un fotógrafo con una posición militante. Gracias a su compromiso con las luchas sociales de nuestra América logró consolidar un importante registro fotográfico de los fenómenos sociales característicos de la época.

La particularidad de sus fotografías radica en la manera como fueron capturadas, el ambiente y los discursos propios de cada retrato, con la intención persistente de no desvirtuar el acontecimiento y buscando darle énfasis a los personajes que aparecen captados por la cámara inquisitiva de nuestro autor.

Fue un apasionado del buceo, del montañismo, gustaba de deambular por las calles de la ciudad de México, factores que favorecieron su presencia en abrumadores conflictos, lo mismo que en tranquilos paisajes, lo que lo llevó a encontrar un buen encuadre de las atmósferas de las cuales estaba siendo partícipe.

Fue por decisión propia que realizó la cobertura de todas las manifestaciones y movimientos sociales en México y Latinoamérica, acercándose a los sujetos implicados sin estar de lado de los guardias, granaderos ni cualquier otro protector del Estado, es por esta razón que se le identificó como disidente.

En 1964 viajó a La Habana y logró una serie de fotografías de Ernesto Che Guevara, las cuales nunca fueron publicadas, pues no quiso lucrar con ellas ni aun después de la muerte del aclamado guerrillero.

En 1965 cubrió la invasión de las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos a la República Dominicana, siendo el único periodista latinoamericano en tal acontecimiento; un año más tarde realizó

reportajes sobre las guerrillas en Guatemala y Venezuela y las violentas elecciones en Panamá.

En este momento cabe preguntarse ¿qué es lo que hay detrás de las fotografías tomadas por Moya? Habría que decir que no es sólo el simple hecho de verlas sino el acto de saber mirarlas, el conocer o por lo menos deducir qué es lo que nos están diciendo y poniendo en cuestión; además, es innegable que sus fotografías están impregnadas por la ideología y la estética del fotógrafo.

Comencemos por indicar el contexto en el que se inserta la dictadura de Fulgencio Batista, quien fue un militar y político que en dos ocasiones fue presidente de Cuba, de 1940 a 1944 y de 1952 a 1959. Entre algunas de sus acciones estuvieron el estrechar lazos económicos con los Estados Unidos, fijando los precios del azúcar para así desarrollar la política de la “buena vecindad”; suspender la Constitución del 1º de julio de 1940, e implantar otra; cancelar las garantías individuales; dictar el toque de queda y suprimir todo tipo de manifestaciones.

Sin embargo, la guerra popular revolucionaria que estaría encabezada por Fidel Castro Ruz y el Movimiento 26 de julio de 1959, el cual se extendió por casi todo el territorio cubano, enarbolaban una serie de demandas antiimperialistas, basadas en las ideas de José Martí. La gestación y preparación de la guerrilla cubana se realizó en México con la llegada de Fidel Castro a la ciudad capital, entonces Distrito Federal, y culminó con la partida del yate *Granma* en Tuxpan, Veracruz, en 1956.

Batista fue incapaz de hacer frente al movimiento armado, pues su principal sostén, el ejército, se encontraba vencido y desalentado; el pueblo cubano no le brindó el apoyo que él esperaba y las presiones económicas y políticas de los Estados Unidos fueron cada vez más intensas. Su solución fue huir de Cuba la madrugada del 1º de enero de 1959, dando como resultado el triunfo de la Revolución cubana. Se nombró presidente provisional a Manuel Urrutia, el cual renunció a su cargo unos meses después; en su lugar se designó a Osvaldo Dorticós, quien también participó

como coordinador en el Movimiento 26 de julio y como ministro encargado de las leyes revolucionarias. Al término de la promulgación de la Constitución Socialista de 1976, Dorticós dejaría el cargo para ser nombrado vicepresidente del Consejo de Ministros, compromiso que ocupó hasta el momento de su fallecimiento, el 23 de junio de 1983.

Fidel Castro asumió el cargo de presidente, con ello se produjo la nacionalización y expropiación de la totalidad de la industria, bancos, fábricas, minas, teléfonos, ferrocarriles, electricidad, etc., así como la eliminación del desempleo, los barrios marginales, el analfabetismo; se implementó la gratuidad en la asistencia médica, la universalización del deporte y la cultura, entre otras acciones que perfilaron a Cuba como un Estado socialista.

En relación con esto, Mónica Mateos Vega refiere que, tras una comparecencia de Fidel Castro, Moya mencionaba:

Su gestualidad era enfática, poderosa, capaz de tener electrizados a auditorios masivos durante horas. En contrapartida con lo que ahora pasa con tantos mandatarios de nuestro tiempo, él no tenía escritores de discursos ni asesores de imagen. Tenía, en cambio, el poder de un pensamiento dialéctico desarrollándose a la par de los hechos, su empatía con la voz y el sentir del pueblo cubano, y la verdad de la historia en su voz. Ese Fidel Castro es el que traté de fotografiar en condiciones tan difíciles como las de un espectador más, y desde luego, reconozco que no logré captar fotográficamente ni un ápice del poder de aquel hombre.²

Posteriormente y durante el tiempo en el que Dorticós rolaba en el gobierno y fungía como representante de Cuba en conferencias y encuentros internacionales, después del triunfo de la revolución, éste denunció ante periodistas mexicanos la corrup-

² Véase Mónica Mateos Vega, “Rodrigo Moya documentó ‘la alegría de la utopía en Cuba’ hace 45 años”, *La Jornada*, 31 de marzo de 2009.

ción y los nexos con los Estados Unidos que tenía el recién caído régimen del dictador Fulgencio Batista. Mostró pruebas de estos hechos en una conferencia de prensa durante su visita a México en junio de 1960, en el restaurante Les Ambassadeurs, en el Paseo de la Reforma.

El 13 de junio de 1960, en el marco de la visita del vicepresidente Osvaldo Dorticós, tuvo lugar una importante movilización en Ciudad Universitaria, encabezada por asambleas estudiantiles que se reunieron en varios puntos del campus, por ejemplo, en la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales, donde se realizó un mitin en apoyo a Cuba.

Figuras intelectuales se sumaron a la movilización, tal fue el caso de Pablo González Casanova y de Raúl Roa García, ambos se reunieron afuera del auditorio de la Facultad de Economía de la UNAM, durante la visita a México del comandante Juan Almeida en esa fecha. Cabe decir que Raúl Roa entonces fungía como canciller de Cuba, y durante el gobierno de Batista fue exiliado en México, donde se desempeñó como profesor extraordinario de la Universidad de Nuevo León y dirigió la revista *Humanismo*, además colaboró con varios artículos en *Cuadernos Americanos* y otras publicaciones en América Latina.

Para abril de 1961 se produjo una invasión por parte de los Estados Unidos, cuando su presidente en turno era John F. Kennedy; a este acontecimiento se le conoce como la Invasión de Bahía de Cochinos o la Invasión de Playa Girón. El ataque consistió en que las tropas militares contrarrevolucionarias, dirigidas y financiadas por la CIA, bombardearon la isla con el fin de asesinar a Fidel Castro y reinstaurar un gobierno afín a los intereses económicos y políticos norteamericanos. El gobierno de Somoza en Nicaragua apoyaba el plan de los Estados Unidos.

Otros países latinoamericanos que también apoyaron esta idea fueron Guatemala, Puerto Rico y la zona del canal de Panamá, donde se establecieron campamentos y bases militares estadounidenses. Sin embargo, el plan no resultó como se esperaba, Cuba

salió victoriosa de la contienda y Fidel ratificó el rumbo socialista de la Revolución cubana.

Las manifestaciones en México, por supuesto, no se hicieron esperar. Se realizó una marcha desde el Paseo de la Reforma rumbo al Zócalo capitalino, en protesta en contra de la Invasión de Bahía de Cochinos por parte de los Estados Unidos.

Diversas organizaciones y personajes, entre los cuales se encontraba el joven Carlos Monsiváis, se dieron cita para desfilar. Entre ellas estaban: los alumnos de la Escuela Nacional de Pintura y Escultura La Esmeralda, grupos sindicales con mantas que reclamaban el derecho de los pueblos a la autodeterminación, el Consejo Nacional Ferrocarrilero, La Escuela Normal Superior Carlos y Raúl Prieto y la sociedad civil en general, inclusive un vendedor de paletas colocó en su carrito pancartas en contra del ataque.

En este contexto, Rodrigo Moya recuerda en uno de sus escritos lo siguiente:

En ese tiempo vivía uno de mis esporádicos alejamientos de la fotografía de prensa, y ese día pospuse mi trabajo en una dirección del Instituto Nacional de Antropología e Historia, de fotografiar santos o fachadas virreinales, para estar presente en la confluencia de Reforma y Bucareli, a la sombra de El Caballito de Tolsá. Acudí como manifestante y no como representante de periódico o revista alguna, pero busqué el punto de reunión de los colegas de prensa, a un lado del abandonado edificio Corcuera. [...] Diversos comités de voluntarios convocaban y aceptaban inscripciones para ir a combatir a Cuba, como si no existiera de por medio el Caribe, y el gobierno de Adolfo López Mateos no fuera más proclive a cuidar las relaciones con las transnacionales yanquis que con el ya demonizado y cercado gobierno revolucionario de Fidel Castro. Conforme la columna avanzaba por avenida Juárez y la prolongada tarde de abril se hacía noche, corrió la voz de que el general Lázaro Cárdenas se sumaría en algún punto a la vanguardia y haría un discurso. Esto insufló más ánimo a la mar-

cha, de manera que llegó casi intacta al Zócalo. Cárdenas no aparecía, pero persistían los rumores de su proximidad.

Ya noche y a un lado del edificio del desaparecido Departamento del Distrito Federal, resonaban consignas y cánticos. Un auto fue subido a la plataforma de la plaza y colocado en la esquina sur poniente, por el lado de 16 de septiembre. La multitud, como siguiendo una orden, se sentó ordenadamente alrededor del vehículo. Como surgido milagrosamente de la noche, apareció el general trepado en el techo del automóvil. Un apagón dejó la plancha del Zócalo en una oscuridad casi total. Hubo ruidosos abucheos al percibirse la intención, burda, por cierto, de sabotear el acto. La respuesta fue una multitudinaria consigna: “¡Cárdenas, Cárdenas!”, entreverada en un estremecedor contrapunto con la rítmica de “Cuba sí, yanquis no”. Apareció un micrófono que alguien sostenía para que se escuchara la voz del general. Tomé las dos placas finales de mi último rollo de 35 mm con una luz imposible. De pronto se encendieron fogatas alrededor del auto desde el cual el expresidente se dirigía a la multitud. Los destellos del fuego confirieron a la escena una atmósfera casi ritual, mágica. Así capturé, con la rojiza iluminación de aquellos fuegos improvisados, ese instante memorable de la política y la historia mexicanas, cuando la agresión contra un país hermano era una agresión contra todos.³

En suma, el expresidente mexicano Lázaro Cárdenas del Río se paró sobre el techo de un vehículo en el Zócalo para pronunciar un discurso al término de una marcha en solidaridad con Cuba.

La influencia de la Revolución cubana y la figura de Fidel Castro traspasaron fronteras, épocas y hasta nuestros días siguen siendo un ícono de lucha y transformación. Otro importante personaje es Ernesto Guevara de la Serna, combatiente revolucionario e ideólogo de la insurrección, a quien Moya conoció en perso-

³ Rodrigo Moya, “Revista Playa Girón 50”. Suplemento especial de *La Jor-nada*, México, 9 de mayo de 2011.

na y de quien tiene gratos recuerdos no sólo en su memoria, sino también en sus archivos fotográficos.

Rodrigo Moya narra, en un relato lleno de claridad, pasión y compromiso con la participación socialista y lucha de Ernesto Che Guevara, lo siguiente:

En los primeros días de agosto de 1964, cuatro periodistas mexicanos fuimos recibidos por el comandante Ernesto Che Guevara en la sala de juntas del Banco de la República, del que entonces él era director. Había solicitado esa entrevista en compañía del reportero Froylán Manjarrez y el caricaturista Eduardo del Río (Rius). Nuestra idea, para la cual teníamos patrocinador seguro, era realizar un libro que se llamaría *Cuba por tres*, donde se conjugarían los textos ágiles de Froylán, las certeras caricaturas de Rius, y lo que yo pudiera captar con mi cámara. Es decir, un libro en el cual la escritura, la caricatura y la imagen fotográfica periodísticas pudieran dar cuenta, desde un punto de vista documental y al mismo tiempo ligero, del devenir de la revolución cubana en aquellos años en que se consolidaban sus logros, como también las amenazas y los riesgos que se cernían sobre ella. Cuando volvimos a México, nuestro seguro y millonario patrocinador había fallecido repentinamente, y el libro no se hizo. Sin embargo, esa experiencia alimentó a Rius para publicar poco después su divertido *Cuba para principiantes*, que tuvo un tremendo éxito a mediados de los años 60, y empujó a la idea socialista y a la solidaridad con Cuba a miles de jóvenes idealistas.

De 15 minutos a dos horas

Fue una guapa miliciana, armada con una Makarov 9 milímetros y un ceñidísimo pantalón verde olivo, la que una tarde, intempestivamente, nos informó en el Hotel Nacional, a la hora de la siesta, que la entrevista estaba concedida. El comandante Guevara nos recibiría de inmediato, exactamente a las cinco de la tarde, por 15 minutos estrictos. Lo que era un sueño, de pronto era una realidad. Brincamos del sopor del agosto cubano sin aire acondicionado, a un Cadillac de

los años 50, acompañados de Juan Duch, quien como miembro destacado del Partido Comunista Mexicano (PCM) y colaborador como nosotros en la revista *Sucesos*, quedó de alguna manera incluido en esa reunión solicitada por el grupo original desde semanas antes. Tuvieron suerte —nos comentó la miliciana que se acomodó en el asiento delantero al lado de Juan—, el comandante canceló su reunión con los delegados del Partido Comunista Chileno, porque Chile acaba de romper relaciones con Cuba, y les concede ese tiempo a ustedes. Pero ya saben, agregé, sólo 15 minutos, les ruego que sean concretos, compañeros, el comandante tiene repleta su agenda y aún le quedan muchas citas con comisiones de África. Ustedes son los únicos periodistas que ha decidido recibir durante estas celebraciones del 26 de julio.

Destino trazado

Los anunciados 15 minutos se convirtieron en dos horas de charla relajada, en la que pude fotografiar a mis anchas a ese hombre que ya en ese entonces era un personaje legendario. Tres meses después de aquellas fotos logradas con la poca película que llevaba, el Che Guevara desaparecería paulatinamente del panorama político de Cuba e iniciaría el camino que lo conduciría, después de un agitado periplo por cuatro continentes y casi un año de trágicas escaramuzas guerrilleras, a su asesinato en una escuelita rural de la sierra boliviana. Desde finales de 1964 hasta su muerte, el Che se convertiría en el enigma más perseguido por la prensa internacional, en la presa más codiciada por los servicios criminales de Estados Unidos, y en un héroe para los hombres y mujeres rebeldes de todo el mundo.

Visto a 40 años de distancia, tengo la certeza de que mientras el Che platicaba con nosotros, en su cerebro ya estaba fraguada la determinación de dar por cumplido su papel en la Revolución cubana, y salir a otras regiones a luchar por el socialismo con las armas en la mano. Difícil pensar que en el mismo agosto del año siguiente estaría combatiendo en el Congo al mando de una brigada cubana, y que en poco más de tres años ascendería al Olimpo de los inmortales, al caer en su guerra imposible contra el imperio de nuestro tiempo y sus

variopintos lacayos latinoamericanos. Él sabía que moriría pronto en tierras inhóspitas, lejos de su amada Cuba, y sin embargo nos contaba anécdotas y respondía nuestras preguntas con la serenidad de un ciudadano cualquiera.

Lector de Los agachados

La cancelación de la reunión entre el Che y los chilenos nos favoreció para entrar en su agenda aquella tarde de agosto; pero también contó el hecho de que, entre aquellos tres jóvenes periodistas que habíamos solicitado hablar y fotografiar al Che, estuviera el ya célebre Rius. Resulta que el Che Guevara leía *Los agachados* cada semana, y según nos comentaría después, era lo primero que buscaba cuando llegaba la valija diplomática desde México, cargada de periódicos y revistas.

El comandante Guevara entró en la sala de juntas con un puro en la mano, con las botas negras relumbrantes y su atuendo de soldado raso planchado y limpio, pero sin insignia alguna. Dijo que en su ministerio se ofrecía solamente lo que, en las casas cubanas, agua fresca y un “buchito” de café cuando lo había, y nada más. Aquí vivimos como cualquier cubano, sólo que con un poco más de trabajo, dijo sonriendo, y con un tono cordial que rompió de inmediato cualquier solemnidad, preguntó: “¿quién de ustedes es el tal Rius?” El dibujante se puso rojo como un tomate, movió incontables veces la cabeza de un lado a otro, y al final se señaló el copete. Creo que por lo menos media hora de la charla versó sobre los personajes de Eduardo, en los cuales el Che era un erudito. Y creo también que por eso firma sus créditos en algunas de sus historietas como “el tal Rius”.

Charlas cruzadas

La charla en la sala de juntas tuvo dos vertientes, a ratos encontradas. Por un lado, el deseo evidente del Che de conversar con jóvenes periodistas colaboradores en una publicación como *Sucesos*, que en esos años abordaba los problemas nacionales y empezaba a ocuparse de los movimientos armados en América Latina, dándonos entrada para que, sin necesidad de complicadas preguntas, él llevara la voz,

contara anécdotas y expresara sus ideas sobre la necesidad de “globalizar” la lucha antiimperialista; pero, por el otro, el querido Juan Duch, periodista y militante del PCM, íntegro a más no poder, pero de corbata y protocolo acorazado, era un entusiasta usuario del lenguaje eclesiástico de las viejas guardias. Inteligente, cultísimo e impecable escritor, intervenía a cada rato con hiperbólicas preguntas que a ojos vistas impacientaban a nuestro interlocutor, quien contestaba cualquier cosa y luego derivaba bruscamente a la conversación que insistía en sostener principalmente con los jóvenes informales.

Ver más que escuchar

Como fotógrafo, los primeros minutos me sentí agobiado por los problemas técnicos que me planteaban la escasa luz mercurial del interior, la película lenta que llevaba y el fuerte contraluz de una ventana de persianas contra la cual se sentó el Che a la cabecera de la mesa. Con contadas placas en mi cámara y todos apiñados en una mesa larga escuchándolo, preferí esperar a que nos despidiera al terminar los supuestos 15 minutos sentenciados por la miliciana, para tomar unas fotos en el pasillo de grandes ventanales por donde habíamos entrado.

Pero esa tarde el Che estaba de vena platicadora, y sentí que la reunión se prolongaría; entonces tuve tiempo de reflexionar mi estrategia fotográfica y trabajar calmadamente con los pocos elementos que poseía. Me senté en la cabecera opuesta a la del Che, e instalé un telefoto corto en mi cámara de formato medio. Apoyando sólidamente el aparato sobre la superficie de la mesa, ausente de la conversación y atento sólo a las expresiones y movimientos del Che a través del visor de la cámara, percibí más cerca que nadie sus gestos y movimientos. Mi cerebro, en estado de alerta como el de una araña tras los imperceptibles movimientos de una presa, captó en sus más íntimos matices los rasgos notables de su rostro, sus posturas como de acecho cuando hablaba, o de concentración cuando con un lapicero trazaba esquemas que reforzaban su narración. Seguí los movimientos repetidos de sus manos al prender el fósforo y darle lumbre una y otra vez al tabaco. Me sorprendí al descubrir esas manos que más parecían las

de un artista que las de un hombre diestro en el manejo de las armas, y sobre ellas enfoqué varias de mis tomas. Supe que estaba viviendo una oportunidad única, sin la posibilidad de disparar más fotos de las pocas que llevaba, y fui en extremo cuidadoso en la exposición y el foco. Al final de la primera hora disparé la última fotografía, y entonces sí pude escuchar y participar, con el entendimiento abierto, en los vericuetos de una conversación en dos sentidos entre una cuarteta de periodistas mexicanos, y un hombre universal.⁴

Muchos años después, estas fotografías e historia salieron a la luz pública por primera vez en México; en su momento no fueron publicadas por razones políticas e ideológicas; no tenían cabida en los periódicos ni en los medios en que se buscó insertarlas, porque a pesar del furor por el apoyo a la Revolución de Cuba y de lo que de ella emanó, los medios estaban cegados por el poder de los gobiernos en turno, además había una fuerte tendencia anticubana.⁵

Por otro lado, la Cumbre de los Pueblos es una reunión para hacer frente a los desafíos de la crisis sistemática, donde están los representantes de las organizaciones y los movimientos sociales de corte socialista y comunista en América Latina y el Caribe, ahí se debaten las relaciones e injerencias de los Estados Unidos hacia la región, buscando elevar reclamos a los diferentes gobiernos. Las manifestaciones de dicha Cumbre hicieron presencia no sólo en nuestro continente sino también en Europa, específicamente en Madrid.

⁴ Varios autores, *El Che en blanco y negro* (Madrid: Prensa Española, 1967).

⁵ La exposición *Cuba 1964: la revolución en marcha* fue abierta al público en el Museo Regional de Guanajuato, en la edición 45 del Festival Internacional Cervantino (FIC). Luego, en 2018, fue presentada en el Museo de Historia de Talpan, en la Ciudad de México, aunque primeramente fue exhibida, de 2009 al 2010, con el nombre de “Cuba mía” en Casa América Cataluña, Barcelona; en el Palacio de Bellas Artes en La Habana, Cuba. Circuló en Milán, Argel, Dublín, Nueva Delhi y Viena, por medio del Instituto Cervantes.

La lente de Rodrigo Moya pudo captar las escenas de estos hechos y dar cuenta de la magnitud de los acontecimientos históricos ocurridos en la región latinoamericana y en el mundo. Ejemplo de ello fue el contingente del Partido Comunista Portugués, que marchó en Madrid en solidaridad con el pueblo cubano.

Lo anterior significó que el suceso cubano se volviera una referencia imprescindible tanto para América Latina como para el mundo. En su esplendor, dotó de esperanzas y apoyo solidario de otras latitudes. Los acontecimientos futuros estuvieron plagados de esa esperanza y solidaridad; las consignas y las luchas posteriores, que enarbolaron diversas causas, fueron alentadas por aquellos años de revueltas.

En conclusión, Rodrigo Moya estuvo presente en gran parte de los acontecimientos significativos de Latinoamérica y su trabajo periodístico nos deja ver momentos que tal vez no serían mostrados por otra disciplina y/o medio de comunicación, es decir, se puede explorar en el campo teórico, pero también habría que echarle un vistazo al archivo visual que, a fin de cuentas, es un testigo de la realidad, de ese instante o instantes específicos. Además, al observar las fotografías de Moya podemos vislumbrar que las marchas, congregaciones, personajes, etc., ya no tienen el mismo impacto social y político, pues cambió la forma de ver al mundo, cambió ese paradigma de cómo la sociedad se sensibiliza ante lo ocurrido, sea en su país o su comunidad, también en cómo se sensibiliza o se humaniza frente a los otros. Claro que nada se puede quedar fijo o estático, aún así, las fotografías nos pueden ayudar saber y cuestionar el porqué de las eventualidades retratadas, asimismo nos permiten compartir o refutar la visión del artista.

La fotografía es una memoria por excelencia, nos da una perspectiva de identidad, tanto individual como colectiva; igualmente al verla, quedamos emplazados saber qué es lo que hay detrás de ella, el contexto en el que fue producida y el porqué llegó a ser hecha de tal o cual manera, pues nunca debemos mirar a una o a un conjunto de fotografías sin permitirnos conocer su historia.

Moya expone su interés a partir de sensaciones y sentimientos logrados en instantes fotográficos, como él apunta: “un tenue ‘para siempre’ relativo y engañoso, pero significativo, que es lo que construye la esencia fotográfica: un diálogo eterno entre el tiempo acaecido, el fotógrafo efímero, y un espectador siempre cambiante”.⁶

FUENTES

Archivos

Archivo Fotográfico de *La Jornada*.

Archivo Fotográfico Rodrigo Moya (AFRM).

Bibliografía y otras fuentes

Gola, Patricia *et al.* *Rodrigo Moya, el telescopio interior*. México: Conaculta, 2014.

Instituto Superior de Relaciones Internacionales “Raúl Roa García”, consultada el 28 de diciembre de 2015, en <http://www.isri.cu/raul_roa/biografia_roa.html>.

Mateos Vega, Mónica, “Rodrigo Moya documentó ‘la alegría de la utopía en Cuba’, hace 45 años”, *La Jornada*, 31 de marzo de 2009.

Moya, Rodrigo, *Exposición Cuba 1964: la revolución en marcha* [2017]. Abierta al público en el museo regional de Guanajuato, en la edición 45 del Festival Internacional Cervantino (FIC), luego fue presentada, en 2018, en el Museo de Historia de Tlalpan, en la Ciudad de México. Anteriormente fue exhibida de 2009 a 2010, como la exposición “Cuba mía” en Casa América Cataluña, Barcelona; El Palacio de Bellas Artes en la Habana,

⁶ Rodrigo Moya, Cuernavaca, mayo de 2002.

Cuba; y circuló en Milán, Argel, Dublín, Nueva Delhi y Viena, por medio del Instituto Cervantino.

Moya, Rodrigo. “Revista Playa Girón 50”. Suplemento especial de *La Jornada*, 9 de mayo de 2011.

Varios autores, *El Che en blanco y negro*. España: Prensa Española, 1967.